



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11022

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 11 DE AGOSTO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

CRONICA MADRILEÑA

SUMARIO: Las consultas y la contestación.—Nada, nada y nada.—La batalla de Bolsa.—Consecuencias lógicas.—Lo del pan.—Hasta en la playa?

Termino de consultar el Sr. Sagasta á los prohombres de la España política, y como consecuencia de esto, ya remitió nuestro gobierno la Nota contestación al de los Estados Unidos.

¿Y qué se dice en esa Nota?

Pues..... como los ministros se han juramentado para no decir nada de lo que hablan y acuerdan, vivimos hasta ignorando si á estas fechas España es una colonia yanqui ó un Estado libre é independiente.

No crean ustedes lectores que hay exageracion en esto último que decimos, porque dado los rumores que por ahí han corrido, todo es de sospechar.

De una fabrica de noticiones salió uno tremendo, colosal no ha mucho: que una de las condiciones impuestas por los yanquis era la cesión de un puerto en la península, Málaga la bella, por ejemplo.

Como el gobierno guarda impenetrable reserva acerca de las pretensiones de nuestros enemigos, la noticia corrió, primero acogida por los que á voz en grito dicen que para España ha sonado la hora fatal, y después por los que lo mismo les da que el río esté seco ó que tenga mucha agua, sin que nadie la desmintiera, á no ser el sentido común que aun queda en España.

Se acerca uno al Sr. Sagasta y le dice:

—¿Hay algo de Cuba, señor presidente?

—Nada, responde con sonrisa melistofélica el antiguo miliciano.

—¿Y de Puerto Rico?

—Nada.

—¿Y de Filipinas?

—Nada.

—¿Y de los Estados Unidos?

—Nada.

—¿Y sigue usted bueno de salud?

—Nada, responde invariablemente, cual si fuera un loro á quien solo han enseñado á pronunciar esa palabra.

Y si sometemos al mismo interrogatorio á los restantes ministros de la Corona, tendremos una serie de *nadas* que da que pensar.

Con lo cual estamos completamente á oscuras, y aunque según el dicho vulgar «el que nada no se ahoga» y por eso se salva, temiendo estamos que tantos *nadas* encierran algo tan gordo que nos hagan naufragar en forma que no quede con vida ni una rata.

De bolsistas es de lo que no va á quedar ni rastro de continuar así las cosas.

Las últimas operaciones de fin de mes han originado tres suicidios y la ruina de un porción de casas, amén de haber dejado inútiles para continuar la lucha á otros tantos hombres.

Nada, que se ha dado una batalla en toda regla y se han registrado en ella toda clase de pérdidas.

Los quebrados se han convertido en enteros, y todos juntos han hecho quebrar hasta al que parecía menos quebradizo.

Con motivo de las desgracias de España se han dado muchos escándalos en la Bolsa de Madrid, y como *el mundo todo se paga*, purgan sus pecados todos aquellos que por sus hechos y palabras parecían más enemigos de nuestra patria que los yanquis y sus compañeros los bandidos de Cuba y Filipinas.

Jugaban con fuego, y natural es que se hayan quemado.

La cuestión eterna en Madrid, vulgo del pan, tiene hoy al pueblo, á sus ediles y los panaderos, más revueltos que un río en época de avenidas.

El asunto tiene la gracia por arrobas como las zarzuelas del género chico, y tan bien, cual lo general de éstas, ha resultado un bñuelo.

Á golpe de bombos y platillos nos anunciaron que por gestiones de la primera autoridad popular nos iban á rebajar el precio del pan....., y como para obrar con acierto nadie gana á los señores de la casa de la Villa, como dicen en la calle de Embajadores, la rebaja se ha convertido en aumento, aunque no lo parezca, levantando una polvareda de dos mil diablitos.

Con decir á ustedes que hasta las señoras que *dormitan* por las noches en la *playa*, para dejar mas en libertad á sus hijas y novios, sacan á relucir en tan frescos y placidos sitios el tema del pan, creemos podrán formarse una idea de lo preocupados que á todos nos tienen las benéficas reformas del alcalde.

Que el asunto preocupe á las patronas de huéspedes de seis reales con principio, nada de extraño tendría; pero si que preocupe á las señoras que veranean por las noches en la *playa*, sentadas, no en una marquesina ó *garita* de mimbre, sino en fuerte y dura silla de hierro y alambre, y disfrutando de la frescura que proporciona el riego, de los perfumes que despiden la tierra húmeda y del melancólico cuadro que ofrece el numeroso cortejo de pollas y pollos que se desliza y pierde entre los árboles y las sombras de la noche á todo lo largo del paseo de Recoletos, que á muchas y muchos se les antojan, en el sueño que descabezan mientras otros charlan y pasean, la fresca y oxigenada brisa del mar, el penetrante y agradable olor del marisco y la legión de veraneantes que da vueltas por la Concha, la Zurriola ó el Sardinero.

Los que este año «no salen fuera» por miedo á los yanquis, ó por

que á papá no le han dado permiso en la oficina, ó porque no está bien que habiendo guerra vayamos á divertirnos á San Sebastian, Santander, Biarritz ó San Juan de Luz, no hablan en la *playa* de cosas que no tengan verdadera importancia, por ejemplo, del novio de la fulanita, de lo cursi que es el sombrero de la mengaolita, ó de si las de Casa-Arenosa se despidieron para San Sebastian y no han pasado de Pozuelo, por cuya razón es indudable que al hablar en aquel sitio de la cuestión del pan, es porque realmente sus consecuencias han herido muy profundamente hasta á las recoletas nocturnas.

MIRELA.

GLOBIAS NACIONALES

Batalla de Seneffe

11 de Agosto de 1674.

Por consecuencia del enojo que á Luis XIV causaron las gestiones que Inglaterra, Holanda y Suecia llevaron á la guerra que Francia sostenía con España en Flandes, aquel soberano declaró la guerra á Holanda, después de deshacer la triple alianza que en otro tiempo se formó contra él, por haber sido este Estado el iniciador de la intervención que le impuso la paz.

Los holandeses, recordando el favor hecho á España años atrás, reclamaron su auxilio, y también el de Alemania, fiando de la nobleza y generosidad de sus antiguos enemigos, y como siempre fué lema de los españoles aquello de «nobleza obliga», acudieron con los alemanes al llamamiento de Holanda, generalizándose por este motivo la guerra en 1673.

En Holanda, Flandes, Alemania y Cataluña, batíanse con valor y ardimiento franceses y aliados, consiguiendo hoy una victoria y sufriendo mañana un descalabro, siempre con suerte varia unos y otros, salvo las tropas de Luis XIV, que peleaban en la Borgoña ó Franco Condado, reñitiendo á España al terminar la guerra anterior, las cua-

les, tras rudas batallas, consiguieron hacerse completamente dueños de aquella provincia española.

Asegurada la posesión de la Borgoña, el príncipe de Condé marchó á Flandes con la mayor parte de su gente, en el momento crítico que un ejército de 60.000 aliados se disponía á invadir á Francia.

Estos, al conocer la marcha de Condé moviéndose cual convenia á sus propósitos, lo que también hizo el príncipe, ocultándose en las proximidades del camino porque tenían que marchar los aliados.

Sin salir de su escondite dejó pasar la vanguardia del ejército invasor, formada por alemanes á las órdenes del marqués de Souche, y al centro, que lo componían los holandeses que mandaba el príncipe de Orange, y cuando iba á desfilarse la retaguardia compuesta por españoles al mando del conde de Monterrey, se presentó de pronto y cayó sobre estos, trabando combate en el desfiladero que existía en las proximidades de Seneffe.

Lo repentino é inesperado de la acometida no produjo, para fortuna de ellos, pánico ni desconcierto entre los españoles, quienes, con gran bizarría y orden, y sin dejar de tener á raya al enemigo, se replegaron hacia las posiciones de Fay, para no pelear en terreno desventajoso y buscar el apoyo del resto de la columna.

Unidas las tropas del de Orange á las de Monterrey, ocuparon todas dichas posiciones, y desde ellas pelearon, sin tregua, y sin dejar en descanso ni un solo momento las armas, hasta las once de la noche, hora en que medio muertos de fatiga ambos enemigos instintivamente cesaron de pelear.

Esa batalla tiénese por una de las más reñidas y costosas de aquella guerra, pues á pesar de su gran duración, ni uno de los ejércitos consiguió conquistar un sólo pie de terreno, tanto que cuando terminó la lucha franceses y aliados se encontraban en el mismo terreno que ocupaban al comenzarla y sin que la victoria se hubiera inclinado á lado alguno.

Las bajas de ambos ejércitos ascendieron á 25.000.

MATEO RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

piporro que había acudido al olor de entierro; detrás, y á medida que se iba saliendo de la posada, la justicia y la gente de la villa.

Al llegar á la puerta, el conde de Rebollos se acercó rápidamente á los guardias que estaban á caballo espada en mano, les mandó desmontar para escoltar á pie á la princesa, tiró de su espada y se colocó con los seis guardias, formados á tres de fondo y con la espada sobre el hombro, entre los clérigos y la justicia.

Detrás iban todos los habitantes de la villa.

No se oía mas que la salmodia del oficio de difuntos acompañada por el fagot, y los sordos pasos de aquella gente.

Las curas iban sin sobrepellices; el entierro sin luces, excepto un farol que había cogido el posadero, colocándose con él delante del ataud.

Todo aquello había sido improvisado; no había habido tiempo para nada.

¿Pero qué importaba?

Los sacerdotes no dejaban de serlo por no ir vestidos.

La luna llena y pálida suplía la falta de las luces.

Aquello era conmovedor, terrible, casi fantástico.

Cinta, con su hijo sobre sí, fué puesta en el ataud por los cuatro sepultureros.

Aquel ataud era de forma de arca, con tapa de goznes, cuadrado, mas alto y mas ancho por la parte superior que por la inferior, pintado de negro, con una cruz blanca correspondiendo sobre la cabeza del cadáver, con cerradura, con aldabilla.

Uno de los sepultureros cerró, se puso de pié, y vaciló respecto á la persona á quien debía entregar la llave.

Se extendió entonces un brazo rígido, una mano crispada hacia la mano en que el sepulturero tenía la llave.

Eran el brazo y la mano de Azucena, que tomó la llave y la guardó.

—Concluyamos, dijo Mr. Amelot.

Los sepultureros alzaron el ataud, se lo pusieron sobre los hombros y marcharon.

En el lugar donde había estado el cadáver de Cinta, quedó un ancho espacio del pavimento terrizo empapado en sangre.

Azucena siguió inmediatamente á los sepultureros; la princesa á Azucena; á la princesa Mr. Amelot y el conde de Rebollos; luego el cura, el beneficiado, el sacristan y el monaguillo, cantando roncamente el responso, acompañados por el lúgubre

Después, de su cintura, un pañuelo blanco, que enrojeció casi por completo en la sangre fresca aún que cubría el cadáver del niño recién nacido.

Extendió la pañoleta de raso bordada, sobre ella el pañuelo sangriento, hizo un grueso lío con las cinco magníficas trenzas de Cinta, y lo puso sobre el pañuelo rojo.

Sacó del pecho la cadena, el collar, las arracadas y las sortijas, abrió de nuevo las trenzas, y envolvió en ellas aquellas alhajas.

Luego lo cubrió todo con la pañoleta, y sujetó las puntas con los largos alfileres de gruesa cabeza de oro afiligranado, y apartó aquel lío terrible.

Después volvió á tomar las tijeras, y cortó un paño de las sayas de lana de vivos colores de Cinta.

Luego otro paño de la enagua; extendió el paño de lana, sobre él el paño blanco, tomó el niño, le besó de nuevo, le puso sobre el paño blanco, le envolvió completamente en él, le sobreenvolvió en el paño de lana, le ató con una larga y ancha cinta de seda azul que llevaba en un lazo sobre sus cabellos rubios en la parte posterior de su cabeza, y luego puso al niño sobre su madre.

Todo esto fué hecho de una manera lenta, nerviosa, silenciosa, sin detenerse un punto, sin vacilar, como si hubiese estado sola, causando una conmo-